

3. No un precepto, sino una Presencia a la que mirar

por Julián Carrón*

Continúa don Giussani: «De hecho no hubo ningún reproche». Jesús sencillamente le hizo la misma pregunta: «“Simón, ¿me amas?”». Seguro, pero tímido y temblando, respondió de nuevo: “Sí, te quiero”. Pero la tercera vez, la tercera vez que Jesús le dirigió la misma pregunta, tuvo que pedirle al mismo Jesús que se lo confirmara: “Sí, Señor, tú lo sabes, tú sabes que te quiero. Mi entera preferencia, la preferencia de mi alma, toda la preferencia de mi corazón es para ti. Tú eres la preferencia absoluta de mi vida, el bien supremo de las cosas. Yo no lo sé, no sé cómo, no sé cómo decirlo y no sé cómo es así, pero a pesar de todo lo que he hecho, a pesar de todo lo que pueda hacer todavía [ahora, en este momento], yo te quiero»¹.

Como podemos ver, en Simón domina esta simpatía, esta preferencia, de la que él mismo es el primero en sorprenderse: «No sé cómo», no sabe explicarse cómo es posible, pero no puede evitar constatarla dentro de sí hasta el punto de resultarle más determinante que todos los errores que haya podido cometer.

La genialidad de Giussani se reconoce en la sencillez con la que se deja enseñar por el relato, sin reducir el «sí» de Pedro a un puro impacto sentimental, a un momento emocionante, lírico y conmovedor, sino percibiendo todo su alcance generador, fundador de una novedad de vida. «Este “sí” es el origen de la moralidad, el primer aliento de la moralidad en el desierto árido del instinto y de la pura reacción. La moralidad hunde sus raíces en ese “sí” de Simón, un “sí” que puede echar raíces en la tierra del hombre solamente gracias a una Presencia dominante que se comprende, se acepta, se abraza y a la que se sirve con todo el empuje de nuestro corazón, que solo así puede volver a ser como el de un niño. Sin Presencia no hay gesto moral, no hay moralidad»².

Bastaría con una frase como esta para desmontar libros enteros de moral y muchas de las estrategias que nos parecen más inteligentes. Lo que puede echar raíces en nosotros, lo que puede consolidarse en lo más íntimo de nuestra persona no es una ley o un precepto, un discurso o una lección sino –dice don Giussani– únicamente una presencia, «una Presencia dominante, que se comprende, se acepta, se abraza»³. Y esto es liberador. Sin esta Presencia, el «sí» –por tanto la moralidad– no puede arraigar en la tierra de nuestro corazón. Y sería inútil lamentarnos. No es posible, ni siquiera con todo nuestro esfuerzo; el «sí» no puede arraigar sin esa Presencia dominante. «Sin Presencia no hay gesto moral, no hay moralidad». Lo había dicho el mismo »

* Del cuadernillo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación 2016.

© 2016 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada».

» Cristo: «Sin mí no podéis hacer nada»⁴. Ha hecho falta que la misericordia de Dios se hiciese carne, presencia, presencia carnal, histórica, para conseguir arrastrar al hombre, para que el «sí» pudiese arraigar en su corazón.

¿Qué tiene de especial esta Presencia para suscitar el «sí» y por tanto la moral nueva?

«Este hombre, Jesús, tiene una característica humana muy sencilla: es un hombre del que se desprende una *simpatía* humana», simpatía que nunca podrá brotar de una ley, de una lección, de un elenco de cosas que hay que hacer. Es una simpatía humana provocada por esa carne. Y «la moralidad, es decir, la victoria sobre el nihilismo», sobre la disolución, sobre la posibilidad de que acabemos siendo minas flotantes, «no es no equivocarse, no cometer errores, sino, aun cometiendo errores, aun equivocándose, al final: “Simón, ¿me amas?”. “Sí, Señor, te quiero”». Puedo equivocarme mil veces, pero: «Yo me adhiero, me adhiero a la simpatía humana que surge de ti, Jesús de Nazaret, estoy de tu parte. Y en esta simpatía que emana de ti, yo aprendo, aprendo a vivir, aprendo a ser hombre. La moralidad es sencillísima, es inclinarse por una simpatía, una simpatía humana. Humana como la simpatía que la madre experimenta hacia su hijo y el hijo experimenta hacia su madre». El problema no es que el niño no la lée –sería imposible–: para aprender a vivir solo necesita que la simpatía de su madre atraiga y haga surgir toda su simpatía. La de la madre es una simpatía visceral, como lo es la simpatía de ese Hombre por Pedro. «De Jesús nace esta simpatía; Jesús tiene esta simpatía humana por ti, por mí; y yo, a pesar de equivocarme, digo: “Sí, Señor, yo me adhiero a esta simpatía”. Esta afirmación es la posibilidad última de vencer el nihilismo que nosotros “asumimos” por contagio de la sociedad en que vivimos». Prosigue don Giussani: «Me urge que permanezcáis en lo que he dicho al final, esto es, que la moralidad –el responder “sí” a Cristo que te pregunta: “¿Me amas?”– tiene un inicio sencillísimo, que es la sencillez de adherirse a una simpatía. Y adherirse a una simpatía tiene un inicio sencillísimo, que es mirar: es *mirar* a Cristo»⁵.

¹ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 82.

² *Ibidem*.

³ *Ibidem*.

⁴ Jn 15,5.

⁵ L. Giussani, «La virtud de la amistad o de la amistad de Cristo», en *Huellas-Litterae communionis*, abril 1996.